

LA REPUBLICA ESPAÑOLA A LA OPINION INTERNACIONAL

GP

« Si en un tiempo razonable — decía la Asamblea de las Naciones Unidas en Diciembre de 1946 — no se ha establecido en España un Gobierno cuya autoridad emane del consentimiento de los gobernados, que se comprometa a respetar la libertad de palabra, de culto y de reunión, y esté dispuesto a efectuar prontamente elecciones, en que el pueblo español, libre de intimidación y violencia, y sin tener en cuenta los partidos, pueda expresar su voluntad, el Consejo de Seguridad estudiará las medidas necesarias que han de tomarse para remediar la situación ». No sólo ha pasado « un tiempo razonable », sino que, en la rapidez con que marcha el mundo de la segunda post-guerra, ha transcurrido casi un período histórico durante el cual el régimen de Franco ha persistido en sus características más odiosas, impidiendo el ejercicio de todos los derechos y libertades del hombre y sancionando con la pena capital la más ligera veleidad de oposición al sistema. Y he aquí que en Noviembre de 1950, sin perjuicio de mantener las condenaciones platónicas de la resolución de 1946, la Asamblea de las Naciones Unidas deroga la prohibición de enviar Embajadores y Ministros plenipotenciarios a Madrid y asimismo la de admitir el régimen de Franco « como miembro de los organismos internacionales establecidos por la O. N. U. o que tengan nexos con ella y de la participación en conferencias o en otras actividades que puedan ser emprendidas por las Naciones Unidas o por estos organismos hasta que se instaure en España un régimen aceptable ». Persistiendo en la condenación moral del régimen, la Asamblea de las Naciones Unidas abre las puertas de la Organización internacional surgida de la victoria aliada al régimen condenado, « al gobierno fascista del General Franco — son palabras textuales de la resolución de Diciembre de 1946 — impuesto al pueblo español por la fuerza y con la ayuda de las potencias del Eje, y a las cuales dió auxilio material durante la guerra, por lo que no representa al pueblo español, y que por su continuo dominio de España hace imposible la participación del pueblo español en asuntos internacionales en unión de los pueblos de las Naciones Unidas ». La paradoja sería de un humor macabro si no representara en el orden moral una disimulada claudicación. La diplomacia del antiguo régimen, que alterna las audacias de Metternich con las pueretas de Talleyrand, con toda su falta de escrúpulos y su cínica desenvoltura, no

dió nunca un espectáculo como el que acaba de ofrecer el organismo que fué, al constituirse en la memorable Asamblea de San Francisco de 1945, una esperanza de la humanidad, y que por el camino que sigue puede llegar a ser, no tardando mucho, uno de los grandes fracasos de la historia.

Tal vez se retrase, como ya ha sido anunciado, el envío de Embajadores, que Franco exhibiría como marciales trofeos de su « guerra fría », hasta el punto de mostrar las Embajadas de las grandes potencias democráticas en Madrid como sus títulos internacionales, al modo que Cisneros mostraba como sus poderes los cañones emplazados en el patio de armas de su palacio. Y acaso ciertos organismos de un alto sentido espiritual, como la U.N.E.S.C.O., se resistan a la contaminación de un régimen que es la negación de toda cultura. Pero el voto de la Asamblea de las Naciones Unidas está ahí, como un reto a la conciencia democrática y un sarcástico comentario a la ideología tan distante como escarnecida de las democracias en lucha contra el nazi-fascismo. Si Hitler y Mussolini no hubieran sucumbido en uno de esos momentos en que la victoria actúa como una némesis vengadora, serían, a fuer de anticomunistas acérrimos, dos candidatos al areópago de « los grandes », y los ahorcados de Nuremberg se dispondrían a trocar la hoga infamante por el dorado uniforme de Embajadores. Para eso hubo millones de muertos, y el mundo se vió envuelto en una catástrofe que supera en horror a la guerra de los « Treinta Años ». Para eso cayeron en Noruega, y en Africa, y en Italia, y en Francia, y en Alemania, millares de españoles republicanos, supervivientes de la llamada « guerra civil », que dieron su vida por la victoria de las naciones aliadas. Y los valientes antifranquistas que entraron en París con Leclerc, y vivieron en el Hotel de Ville uno de los instantes más gloriosos de su existencia, son hoy unos « sin patria », proscriptos y errabundos a través de la tierra.

Si es comprensible el voto de las dictaduras que tienen a Franco por arquetipo de un régimen de castas privilegiadas y a la « falange » por dechado de milicias reaccionarias al servicio del despotismo y la tiranía, y se explica igualmente la actitud de los feudalismos asiáticos y africanos — emplear el término de « Naciones Unidas » como sinónimo de « Naciones Libres » es una licencia tan atrevida como peligrosa — cuesta trabajo comprender la abstención de las democracias, a no ser que se recurra a una interpretación de la política de clase que implicaría la negación de toda solidaridad democrática por encima de los intereses del capitalismo. La abstención de las democracias, incomprensible en una Europa víctima de la agresión nazi-fascista, lo es todavía más en los pueblos como la India e Indonesia, que tanto han sufrido por su libertad, y que en su dolor sentían como en carne propia el martirio del pueblo español, objeto de su más calurosa simpatía. El contagio de la No-Intervención, que tantos prosélitos hizo últimamente, podría llevar a convertir el famoso y nefasto Comité de antaño en una institución de carácter universal, lo que sería arrancar la última esperanza a todos los pueblos oprimidos del mundo.

Pero lo que es sobre todo deplorable es la falla — falla verdaderamente histórica — de la América española. Si los grandes libertadores que soñaron con una América emancipada — el continente de la esperanza humana de Martí —, si los grandes soldados de la Independencia, los San Martín y los O'Higgins, los Bolívar y los Sucre, que lucharon contra el despotismo español del antiguo régimen, encarnado, al fin, en una monarquía tradicional, si no de derecho divino, vieran a sus pueblos esclavos de plebeyas dictaduras y postrados ante una tiranía como la española actual, sin abolengo y sin grandeza, sentirían que su gloriosa obra había sido condenada al más triste de los fracasos. Y allá

en Filipinas, en la tierra sagrada que guarda los restos del mártir Rizal, y que los sicarios de Franco intentaron deshonorar de nuevo al amparo de la invasión japonesa, las sombras de Polavieja y de Nozaleda se habrán aparecido a los héroes de la Independencia que todavía quedan como una pesadilla del pasado insepulto.

Error asimismo del catolicismo tolerante de los pueblos libres confundir e involucrar sus intereses religiosos y humanos con el catolicismo medioeval de la España franquista, catolicismo de férreas armaduras y belicosa dominación feudal, preludio de procesos inquisitoriales y espectaculares autos de fe. No se sirven así, sino todo lo contrario, los intereses permanentes de la Iglesia española, respetados siempre por los liberales y demócratas, y para los cuales es el mayor peligro el violento choque de los contrapuestos fanatismos — el frenesí del sectarismo y la intolerancia. Una ilustre personalidad eclesiástica, dotada de la agudeza y el ingenio de la gran tradición cardenalicia, que ha frecuentado España y la conoce a fondo, decía no ha mucho en Madrid: « Ustedes, los españoles, viven en un « obispero ». Y añadía: « España está en un momento de inflación clerical ». Sin duda por esto la Santa Sede, de tan fina y sutil diplomacia, rehusa establecer un concordato con un poder desafiado, que se mantiene por la fuerza y que es como ella accidental y efímero, y que en el curso natural de los sucesos humanos tiene contados los días.

La República Española ha contado siempre y sigue contando con la simpatía y el apoyo del socialismo internacional. Pero no bastan, aunque plausibles, las manifestaciones de la opinión. Es menester el concurso de los gobiernos que los socialistas dirigen o en los que tienen participación. Hace falta la solidaridad de toda la democracia europea para que el Pirineo deje de ser un aislador y España pueda llegar a formar parte de la organización de Europa. La utopía sólo se convertirá en realidad cuando los procedimientos de las modernas técnicas — en la economía y en la defensa por la cultura, que eso representan las armas en manos de hombres libres —, den cuerpo a los ideales de la vieja y gloriosa democracia.

La República Española en el destierro dista mucho de creer que el último acuerdo de la Asamblea de las Naciones Unidas liquida en lo internacional el problema de Franco. Antes lo exacerba y lo agudiza, al promover una agitación que ya ha comenzado a manifestarse y que no cesará mientras la dictadura española subsista. Por su parte, la República en el destierro mantiene su posición firme y serenamente, con más fe hoy que nunca en la liberación de España y en los grandes destinos de su pueblo. Y no será suya la responsabilidad si los términos del problema se alteraran trascendiendo de lo jurídico, y sus vías de desarrollo rebasaran lo que no ya aconsejan, si no imponen, el patriotismo y la buena política. La responsabilidad sería en tal caso de quienes no han sabido o no han querido utilizar la enorme fuerza moral que la emigración republicana española representa como un eco y un reflejo de los sufrimientos del pueblo español, con cuyas aspiraciones nos sentimos más identificados que en ningún otro momento de nuestra lucha. Ni las consecuencias de persistir en el error que señalamos recaerían sobre nosotros y sobre nuestro pueblo. Todo se paga. La « No-Intervención » de 1936 se pagó con la espantosa guerra, millones de muertos, la ocupación de Francia, las bombas sobre Inglaterra, el desgarramiento de Italia, los horribles campos de concentración en Alemania, las ejecuciones de patriotas en todos los países invadidos. La reiteración del error, si funesta para nosotros, no auguraría mejor suerte al mundo. El final sería la extinción de toda fe, el aniquilamiento de la esperanza, el paroxismo de la desesperación, la anarquía y el caos.

La República Española en el destierro no se entrega a tan desolador pesimismo. Tiene fe en su causa, en su pueblo, en Europa, en la democracia universal. Tiene fe en la gran democracia norteamericana y en su Presidente Truman ; en la gran tradición liberal inglesa ; en la fuerza espiritual de Francia, luminar de la civilización de Occidente ; en la ascensión de Italia a sus nuevos y altos destinos. Cree en la resurrección de una América, fiel como México y otras ejemplares democracias a los ideales de los grandes Libertadores. Y no faltándole la fe en sí misma, bien aquilatada en la dura lucha de largos años, afirma hoy como ayer sus principios, su derecho y su autoridad, dispuesta solo a inclinarse ante una nueva y auténtica manifestación de la voluntad nacional.

Paris, 9 de Noviembre de 1950.

DIEGO MARTINEZ BARRIO, Presidente de la República.

ALVARO DE ALBORNOZ, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado.

FELIX GORDON ORDAS, Vicepresidente del Consejo.

FERNANDO VALERA, Vicepresidente del Consejo y Ministro de Hacienda.

JOSE MALDONADO, Ministro de Justicia.

General **JOSE ASENSIO**, Ministro en Misión en América del Norte.

JOSE MARIA DE SEMPRUN GURREA, Ministro en Misión en Italia.

VICENTE SOL, Ministro en Misión en Sudamérica.

EUGENIO ARAUZ, Ministro Secretario del Consejo.